

Pero entonces, ¿qué es política?

Reflexiones después de la etnografía en una organización piquetera

Por María Cecilia Ferraudi Curto¹

Resumen

En la tesis de maestría, analicé la relación entre política y modo de vida en una organización piquetera a partir de la etnografía en un “cabildo” (sede local y reunión semanal de sus miembros). Desde la discusión con el par “clientelismo”/ “resistencia”, mi trabajo intentó desandar los caminos de la esperanza y el desencanto que siguieron a diciembre de 2001 para comprender las nociones de política que se constituían entre los “planes”, la “mercadería”, el “dar de comer rico y variado”, los “chismes”, la “familia”, el “compromiso”, la “lucha” y el “trabajo” en una sede local de un movimiento piquetero reconocido como “duro”. Siguiendo a quienes transitaban por el cabildo, la tesis pretendía comprender la organización en el día a día.

Cuando presenté mi texto en diferentes ámbitos académicos y en la organización, varias preguntas giraron en torno a la noción de política que estaba en juego. En este informe de investigación, inicio el camino para dilucidar esa noción.

Introducción

“¿Estamos muy en el día a día?”, me preguntó Romero apenas leyó el título de la tesis. Seis meses después de la defensa, me animé a llevar un ejemplar al movimiento piquetero donde había realizado el trabajo de campo. La pregunta del dirigente me recordaba sus preocupaciones y, a la vez, mostraba los límites de mi comprensión de la organización.

“No sé... pero no está mal, ¿no?”, contesté.

En este informe, pretendo revisar algunos puntos centrales de la tesis de maestría (Ferraudi Curto 2006) a la luz de las devoluciones que recibí durante la defensa, en diferen-

¹ Investigadora becaria de IDAES/CONICET. E-mail: cferraudi@yahoo.com

tes talleres y seminarios de doctorado, y cuando presenté el texto ante los militantes del movimiento. Se trata de un avance de investigación, parcial e inconcluso; una serie de interrogantes para continuar pensando.

En la tesis de maestría, analicé la relación entre política y modo de vida en una organización piquetera a partir de la etnografía en un “cabildo” (sede local y reunión semanal de sus miembros). Desde la discusión con el par ‘clientelismo’/‘resistencia’, mi trabajo intentó desandar los caminos de la esperanza y el desencanto que siguieron a diciembre de 2001 para comprender las nociones de política que se constituían entre los “planes”, la “mercadería”, el “dar de comer rico y variado”, los “chismes”, la “familia”, el “compromiso”, la “lucha” y el “trabajo” en una sede local de un movimiento piquetero reconocido como “duro”.² Siguiendo a quienes transitaban por el cabildo, la tesis pretendía comprender la organización en el día a día.

Entre junio y diciembre de 2004, entrevisté a dirigentes y funcionarios locales, fui a marchas, actos y acampes, asistí a diferentes reuniones y acompañé a un grupo de mujeres que había “levantado” un merendero. Luego del tiempo extraordinario, la organización mostraba las marcas del vertiginoso crecimiento pero los pronósticos parecían algo inciertos.³ Frente a los avatares de la coyuntura, decidí centrarme en un nudo específico

² Una aclaración inicial: El término “piqueteros” fue acuñado para denominar a los manifestantes de los cortes de ruta que tuvieron lugar en dos pequeñas ciudades petroleras de la Patagonia argentina en 1996, en demanda de “fuentes de empleo genuinas” luego de la privatización de YPF. Después de intentos represivos, la negociación con las autoridades provinciales llevó al otorgamiento de “planes” (subsidios para los desocupados de entre \$150 y \$200 a cambio de una “contraprestación laboral” de tres o cuatro horas, según el programa). Ante su relativo éxito (conocido a través de los medios de comunicación), tal repertorio de protesta fue retomado en diferentes localidades del interior del país.

Aunque enriquecida por esas experiencias, la formación de las organizaciones piqueteras en el conurbano bonaerense se enraíza en una historia previa de trabajo territorial vinculado a las políticas sociales focalizadas, vigentes desde mediados de los años ochenta. Dichas organizaciones cobraron mayor protagonismo a partir de la gestión de los planes durante el gobierno de De la Rúa y, especialmente, a partir de la crisis de 2001. Dentro de ese marco, la distinción entre organizaciones “duras” y “blandas” se vio crecientemente cristalizada a partir de la Primera Asamblea Nacional Piquetera, en julio de 2001 (Svampa y Pereyra 2003, p. 78 y ss.). Entre las primeras, se reúne a organizaciones muy diversas, destacando la confrontación al gobierno como eje de sus prácticas políticas. Esta calificación, sin embargo, debe ser matizada. Negociación y protesta se combinan en todas las organizaciones de desocupados.

³ Por un lado, las organizaciones piqueteras han crecido y se han diversificado enormemente, cambiando quiénes, en dónde y cuándo protestan (Grimson 2004). Si tanto las primeras puebladas en el sur en 1996 como las actuales marchas por el centro porteño se denominan “piqueteros”, entre ellas existe un largo proceso durante el cual se consolidaron los planes como demanda hacia el Estado (masificándose) y cobraron forma las llamadas “organizaciones piqueteras” –diversificándose en una suerte de “selva organizacional” (Grimson *et al.* 2003). Por otro lado, el “tiempo extraordinario” –donde la consigna “Piquete y cacerola, la lucha es una sola” había aflorado– resulta hoy muy lejano. La legitimidad que habían logrado las protestas piqueteras luego de la crisis económica y política de fines de 2001 –entre asambleas barriales, grupos de ahorristas, fábricas recuperadas, cooperativas de cartoneros y clubes del trueque– enfrenta

tal como se desenvolvía en el presente etnográfico. Desde la noción de lugar-evento (Borges 2003), el cabildo permitía reconocer formas de politización que imbricaban al movimiento en modos de vida que lo excedían, constituían y tensionaban.

Al presentar la tesis, una serie de preguntas se sucedieron: ¿por qué no se analizan las matrices ideológicas?, ¿cómo se define política?, ¿la tesis habla de política?, ¿cuáles son las conclusiones sobre el problema de la politización?... Aunque provenientes de ámbitos bastante diferentes, los interrogantes me permitirán elaborar un campo desde el cual volver sobre los supuestos de la tesis.

Mientras tanto

Ése era el título de la tesis, aquello que había llamado la atención de Romero cuando le di una copia. La frase retomaba unas palabras suyas durante la entrevista inicial del trabajo de campo, su presentación del movimiento. Partía de las tensiones que constituían su punto de vista. Es decir, si bien Romero se jactaba de haber sido uno de los primeros que apostó a los planes como “forma de organizar a sectores más vastos”, a la vez que los reconocía como manera de sobrellevar la “subsistencia inmediata”, realizaba el horizonte de “cambio social” como el elemento propiamente “político” que distinguía al movimiento de otras organizaciones cercanas: unas, meramente “reivindicativas”; otras, “testimoniales”. Sostenía una lectura de la organización que acentuaba lo ideológico en el largo plazo, y consideraba los planes una parte de la organización que existe “mientras se desarrolla la parte que va a cambiar todo esto”.

Mi versión del mientras tanto partió de las tensiones del discurso del dirigente para abrir hacia otros sentidos, introduciendo los recorridos y las voces de quienes transitaban por la sede local, más o menos comprometidos con el movimiento. No se trataba de negar a unos o a otros sino de comprender cómo se entramaban en la producción de la organización. Para ello, giré en torno de un lugar-evento específico: un cabildo en la sede central del movimiento donde había participado el dirigente máximo porque, según decían algunos de los miembros más comprometidos, era un “quilombo”. Si el capítulo inicial pretendió desenredar los sentidos del cabildo para las voces oficiales del movimiento, luego el texto se dedicó a comprender por qué, en ese momento y en ese lugar, el cabildo era un “quilombo”, para quiénes y cómo se resolvía o perduraba.

los desafíos del retorno a la “normalidad” durante el gobierno de Kirchner (Svampa 2004; 2005, p. 271 y

Hacia pocos meses, el cabildo se había mudado de la sede central para tener un “lugar propio”. A la vez que ese proceso había otorgado mayor centralidad a la familia Ramos (no sólo vivían en las inmediaciones sino que el terreno les pertenecía), lo había distanciado de la dirigencia... hasta que Romero se hizo presente en la nueva sede.

A partir del cabildo, pude comprender los sentidos del movimiento para algunas mujeres ligadas a la familia Ramos que, mientras aseguraban no entender lo del cambio social, se habían acercado porque una de ellas “necesitaba un plan”, valoraban “dar de comer rico y variado” en el merendero y exhibían la presencia de los “vecinos” como garantía de confianza. Ellas también se divertían “chusmeando” en el movimiento así como enfrentaban los chismes de otros. En esa línea, analicé el chusmear como forma de desprestigio hacia las personas reconocidas por su “compromiso” y los artilugios para lidiar con los chismes; el “ir por el plan” y los “arreglos” como forma de combinar medios de vida entre diferentes organizaciones locales a través de redes de parentesco y vecinales, avaladas por la dirigencia de la organización; y, finalmente, una disputa entre dos mujeres cuando una de ellas había quedado fuera de un “reparto” de yogures (a pesar de que todos la conocían y sabían de su trayectoria en la “lucha”) porque, según argumentó quien ocasionalmente estaba a cargo del reparto, no presentó sus “papeles”.

En este recorrido, el cabildo se presentó como una suerte de “lugar-evento del modo de vida local” en tanto símbolo de la “génesis concomitante de la política, del espacio y del tiempo en el contexto etnográfico” (Borges 2003, p. 179; traducción mía). La noción de mientras tanto permitía dar cuenta de esas otras formas de transitar por la organización. A la vez, remitía a mi propia concepción de la etnografía, como análisis durante el recorrido del texto.

A partir de la descripción de lugares tales como el merendero, la investigación se apartó de las formas en que suele comprenderse la política en las organizaciones piqueteras mediante la introducción de una trama compleja que excede los ámbitos más “formales” usualmente apreciados por su “potencialidad política” –en especial, las asambleas– (Svampa y Pereyra 2003; Delamata 2004): sin negarlos, los relativiza. A partir de la disputa por un yogur, mostró cómo las personas hacen sentido con los “recursos”, definiendo problemas y soluciones de una forma que elude las descripciones del “cliente-

ss.).

lismo político” en tanto desplaza la figura del “mediador” como “guardabarreras” (Auyero 2001, p. 134), pluralizando los sentidos en juego así como los vínculos relevantes. Sin embargo, si la organización puede comprenderse desde los sentidos de estas prácticas situadas, es en la medida en que se reconozcan en ellas las relaciones de poder y los conflictos así como los vínculos con el contexto más amplio. A tales fines, la investigación desplegó dos caminos. Por un lado, se describieron los chismes, las disputas y la presencia del dirigente como figura clave del reconocimiento ante una situación problemática dentro del cabildo. Por otro lado, se contextualizó a la organización en un territorio (barrial y municipal), describiendo (a partir del cabildo y de la multisectorial) las estrategias organizacionales frente al problema de la diferenciación con el Partido Justicialista municipal y de la disminución del “miedo de los vecinos” en una “coyuntura” que los militantes consideraban negativa en términos de “acumulación política” (por comparación a los tiempos inmediatamente posteriores a diciembre de 2001).

En resumen, la investigación se ha dirigido a relativizar las voces oficiales dentro de la organización, condensadas en el documento programático y en el dirigente, a partir de la plurivocidad del cabildo (con sus jerarquías y sus disputas), mostrando cómo se constituían los sentidos de la organización en el hacer y, específicamente, cómo contribuían a ello quienes se habían anotado para el plan a través de la organización y circulaban habitualmente por el cabildo, más o menos comprometidos con las actividades comunes. A la vez, se centró en la relación con un territorio determinado (en términos barriales y municipales), al abrirse a los vínculos con los vecinos y con otras organizaciones políticas de la zona (principalmente, organizaciones piqueteras y PJ). En discusión con los análisis que sólo se concentran en las acciones de protesta, la tesis de maestría mostró cómo la “territorialización de la política” (Merklen 2005) se realizaba como entramado en un tiempo y un espacio específicos.

Del chusmear a la politización

Mi presentación de la tesis en el movimiento intentó responder más ampliamente a la pregunta de Romero: ¿Estamos muy en el día a día? Para contestar, apunté hacia los chismes como eje de discusión. Desde el gusto por chusmear en el movimiento pasé a relatar la historia de Lucy, una mujer “con pasta de delegada” que había debido enfrentar chismes sobre “cuernos”. En las palabras de Romero, *ir por el plan* constituía una

condición inicial de quienes se acercaban a la organización que amenazaba con diluir la *política* en lo “reivindicativo” o asemejarlos a la “estructura clientelar” del PJ. Por eso, Lucy se preocupaba por mostrarse diferente, cimentando su *compromiso* en la idea de que no necesitaba el plan e iba porque quería. A la vez, validaba su protagonismo a partir de su historia de tiempo, cariño y esfuerzo hacia el movimiento, condensada en el reconocimiento del “Gordo” (Romero), en su “tiempo de delegada”, en su continuo ir y venir entre “proyectos” y “reuniones”. Dentro de este marco, los *chusmeríos* aparecían como un desafío que amenazaba con apartarla del movimiento. Como mujer joven y destacada, Lucy enfrentó rumores sobre cuernos y debió lidiar con los “celos” de su marido, uno de los hermanos Ramos. Como respuesta, abandonó el lugar de delegada “por sus hijos” y recurrió a la *vigilancia* de la familia de su marido (y a las bromas desafiantes hacia él) para continuar en el movimiento.

Esta cuestión permitía reconocer la importancia de los planes y sus tensiones, pero desplazaba la discusión hacia un punto diferente. Por un lado, abría a una sociabilidad vinculada al movimiento cuestionando una imagen del militante abnegado y combativo como único modelo posible. Por otro lado, daba cuenta de procesos de jerarquización y desjerarquización que desmentían una imagen ingenua de las relaciones de poder y, al mismo tiempo, reconocía los sentidos morales en torno a la familia y el compromiso que jugaban allí. Concluí que estar en el día a día era estar en la vida de la gente, que para moralizar a sus bases –preocupación que Romero había manifestado al iniciar mi trabajo de campo–, el movimiento debía trabajar con las moralidades ya existentes, no contra ellas.

El tema de los chismes dio lugar a comentarios chistosos durante mi exposición, que descomprimieron el clima formal que se venía desarrollando: “¿Dónde fue eso?”, “¿Participaste o nada más observabas?”. Incorporé esa misma jocosidad para dar cuenta del papel de los chismes y de su carácter divertido, anticipando una posible separación entre ‘alta’ y ‘baja’ sociabilidad dentro del movimiento. Al finalizar, se produjo un largo silencio hasta que comenzaron las preguntas y los comentarios. Inicialmente hablaron dos mujeres, que buscaban análisis comparativos con otras organizaciones piqueteras y con el PJ municipal. A continuación, intervino Romero (a quien citaré extensamente para situar la discusión posterior):

*A mí me llamaba la atención que no habría una contradicción del tema del cambio social con el día a día, sino que en última instancia, de alguna manera, en ese día a día se estaría reflejando o construyendo ese sentido. Digo todo esto porque me parece que nosotros venimos haciendo un proceso que no dice exactamente eso. Lo cual no quiere decir que nosotros no reconozcamos que efectivamente los emprendimientos comunitarios reconstruyen efectivamente lazos de solidaridad que se habían perdido. Que efectivamente a los compañeros les dan cierto tipo de identidad. Por eso es que de alguna manera está esa gente que decía “Yo vine por el plan, no vengo por esto”. Pero a nosotros nos parece que si bien todo eso es cierto, tiene un techo... tiene un techo. *El techo está dado por la cuestión de la politización.* De alguna manera eso también es parte de la politización, pero nos parece que no logra traspasar todavía el piso de lo que es la ideología dominante. Y digo esto porque *en realidad la experiencia que venimos haciendo nosotros no es nueva*, no es nueva. Cualquiera que haya estado en la sociedad de fomento o en la junta vecinal hace muchos años, esto lo hemos hecho veinte mil veces: juntar... *organizar a los compañeros*, organizar al vecino, por distintos tipos de lucha... Eso crea un sentimiento de pertenencia... más estrecho, pero en realidad lo que me enseña la experiencia es que *de ahí no surge espontáneamente nada distinto*. Nosotros en Alvarado [municipio del segundo cordón del Gran Buenos Aires, donde se localiza el “núcleo” del movimiento], por ejemplo, allá por el año 83 teníamos un movimiento vecinal bastante grande, bastante importante. Y si uno se pone a ver eso, ese movimiento vecinal... siguió votando a esta gente. Siguió votando a esta gente. Varios de los concejales, por ejemplo, eran parte de ese tejido con el cual soñábamos (te puedo dar nombre y apellido de quién estaba con nosotros y quién no). Y sin embargo, hoy está ahí. Es más, por eso nuestra preocupación hoy en día es con esta famosa politización. También reconocemos que no a todo el mundo, ni siquiera a la mayoría, se le podría exigir un tipo de definición mayor. Esto implicaría que... el salto al nivel de la mayoría nos parece, nos da la impresión de que solamente va a ser posible en la medida en que vos, digamos, tengas el resorte del Estado. Y cuando digo del Estado, no me refiero a éste sino a otro Estado, porque... Si no, es muy difícil... tiene un límite muy grande... muy grande. Ahora, ésa es la conclusión que nosotros sacamos. O sea, cómo aprovechamos eso. [Los destacados son míos]*

En el momento, entendí el planteo de Romero como una continuación de sus preocupaciones más profundas. La contradicción entre el cambio social y el día a día, vista como techo a la politización, se nutría de las experiencias previas. A la vez, se cimentaba en una noción radical de política. En esa línea, criticaba los argumentos que suponían co-

mo espontáneo el paso de la lucha reivindicativa a la definición mayor. Según su punto de vista, la organización de los vecinos podía generar identidad y lazos de solidaridad pero no sobrepasaba los límites de la ideología dominante. Lo nuevo no surgía de allí. Pero si sólo el resorte de otro Estado permitiría el salto, ¿qué hacer entonces?, ¿por qué seguir organizando a los compañeros en los cabildos? Ése era el punto donde sus dudas se ampliaban y Romero se distanciaba parcialmente del que conocí en 2004.

Al responder, intenté apartar mi argumento del espontaneísmo así como de lo que consideraba un riesgo en la crítica de Romero: una separación entre vanguardia y mayoría. Para ello, insistí sobre el esfuerzo de construir con lo existente (y no contra). Era una contestación ensayada, en base a mis conocimientos y presunciones sobre Romero y sobre el proceso que el movimiento atravesaba en la actualidad. Asumiendo su preocupación por el cambio social, me apoyé sobre cierto análisis gramsciano para discutir su noción de politización. Otro de los militantes del movimiento preguntó entonces:

¿Cómo sería que nosotros pudiéramos elevar nuestro grado de politización sin contraponernos a las prácticas cotidianas que nos joden? Políticamente, el plan y la mercadería [es] a lo máximo que llegamos; y en cuanto a la convivencia, todos los quilombos que ves, el chusmerío. No damos ese salto.

El camino analítico de la tesis me había alejado de los supuestos de los que partían Romero y, especialmente, este militante. Si ese recorrido contenía el por qué de la incompreensión, era preciso retornar a él para aclarar mis propios supuestos.

Clientelismo y resistencia

El planteo general de la tesis apuntó a discutir con las concepciones de las organizaciones piqueteras que se constituían en (lo que denominé como) la tensión entre el clientelismo y la resistencia. Intenté mostrar cómo esas nociones operaban como acusación y reivindicación en el propio marco de las disputas políticas que conformaban el campo de investigación. Es decir, en el clima posterior a diciembre de 2001, los piqueteros aparecieron como una alternativa que “resistía” al “clientelismo” predominante en la periferia de Buenos Aires, con la introducción de formas políticas “novedosas” (entre las cuales la “asamblea” se destacaba por su “potencialidad”). Luego, ante la masificación de los planes y la creciente estigmatización de las acciones de protesta, se tendió a denunciar a las organizaciones de desocupados por tener prácticas “clientelares” simila-

res a las que usualmente se atribuían a los partidos políticos y especialmente al PJ⁴. La entrevista inicial de Romero –su mientras tanto– respondía, en parte, a estas pugnas, al reconocer la importancia de los planes para organizarse y, a la vez, resaltar la apuesta al cambio social como la política (vista como específica) de la organización. Sus actuales preocupaciones en torno de la politización también podían reconocer sus raíces en tal planteo. “La gran mayoría de los movimientos sociales es... PJ sin PJ”, afirmó durante la presentación de la tesis.

Los análisis académicos, por su parte, proponían ir más allá de las opiniones cruzadas, destacando la “ambivalencia” o la “tensión” constitutiva de las organizaciones. Interpreté esas lecturas en continuidad crítica con las tradiciones académicas que, desde los años ochenta, abordaron el tema de la política entre las denominadas clases populares.

Como señala Merklen (2005), las lecturas que predominaron durante los ochenta se agrupaban en torno al problema de la “ciudadanía”. “La representación debe ser articulada por los partidos. El acto político por excelencia es el voto. El actor político es necesariamente un ‘sujeto’ capaz de imprimir nuevos significados en el horizonte de la democracia” (Merklen 2005, p. 33). Desde esta concepción, la política transcurría a través de las instituciones, obstaculizando la comprensión de las prácticas políticas de las “clases populares”. Frederic (2003) reconoce, sin embargo, una forma de abordar estas prácticas durante los ochenta. Según su argumento, sociólogos, historiadores y politólogos se volcaron hacia el análisis de la “cultura popular” en el “barrio”, buscando “aquellos aspectos de la sociedad argentina que tendrían el potencial de alcanzar la vida democrática” (2003, p. 247) en el contexto de una “reflexión implícita” sobre la propia responsabilidad de los intelectuales en la violencia política de los años setenta.

Durante la década de 1990, el desarrollo crítico de ese campo condujo a una mayor sistematización conceptual y a una revisión de los supuestos morales del análisis: la especificidad y lo positivo de las prácticas políticas de los “sectores populares” fueron desvinculados críticamente de una asociación idealizada con la democracia. Más aún, el papel privilegiado de lo local se articuló analíticamente con un proceso de cambio radical en los vínculos sociales y políticos que, en la línea de Halperin Donghi (1994), podría comprenderse a partir de la crisis resolutoria de la Argentina peronista.

⁴ Svampa (2005, pp. 254-255) da cuenta de este cambio en los discursos públicos sobre las organizaciones piqueteras.

En este contexto de discusión, el tema del “clientelismo” fue recuperado y reelaborado. Si Martuccelli y Svampa (1997) tendieron a una caracterización crítica de esta modalidad política, Auyero, en cambio, enfatizó su carácter moral, visible tanto en las formas de dar y recibir como en la de oponerse localmente a esas prácticas. “Los beneficios otorgados, los favores hechos deben ocurrir con una presentación que no separe al resolutor de problemas y a quien tiene esos problemas sino que los una en una comunidad imaginaria: la comunidad solidaria del peronismo” (2001, p. 157). A diferencia de Martuccelli y Svampa, que recorrían diferentes escenarios para mostrar la fragmentación del peronismo, Auyero propuso un enfoque etnográfico en una “villa muy peronista” del conurbano. Entre las críticas más frecuentes a su planteo, se destacaron aquellas que, como él mismo reconoció en la conclusión, señalaban su “acento ‘reproductivista’” (Auyero 2001, p. 231).

Tanto Merklen como Frederic resaltaron las continuidades entre estos análisis y el enfoque dominante en los años ochenta. Para el primero, “invoca el carácter ‘prepolítico’ del voto de los ‘pobres’ así como la heteronomía propia de esa situación” (Merklen 2005, p. 40), para constituir la contracara negativa de las posturas idealizadas de la ciudadanía. Para la segunda, el concepto de clientelismo no sólo perdía densidad en tanto se desplazaba del campo analítico al de las disputas políticas sino que podía cristalizar la división (jerarquizada) entre alta y baja política (Frederic 2004, pp. 27-28).

Finalmente, la sorpresa de los analistas luego de diciembre de 2001 podría comprenderse en relación con la discusión sobre clientelismo. Si bien algunos reconocían modalidades de protesta específicas (Farinetti 2000) e importantes grados de autonomía en los niveles más bajos de la organización clientelista del PJ (Levitsky 2003), éstas eran sólo protestas episódicas y grados de autonomía que permitían la adaptación a los cambios en la cumbre. Ante la sorpresa, el surgimiento de organizaciones piqueteras se abordó desde la pregunta por las continuidades y las discontinuidades.

¿Más acá?

La pregunta por las continuidades y las discontinuidades asumía las premisas del debate sobre clientelismo, mientras permitía discutir con ciertas lecturas miserabilistas y normativas sobre las organizaciones piqueteras (Svampa 2005, pp. 280-282). En esta línea, Svampa y Pereyra (2003, p. 13) partían de un balance de la situación que acentuaba la

ruptura que el “neoliberalismo” introdujo en una sociedad altamente integrada a través del trabajo. Las organizaciones piqueteras eran vistas como respuesta colectiva frente a la ausencia de redes de contención estatal o sindical y a la ya histórica debilidad del tejido comunitario local, demasiado permeable a las estructuras clientelares del PJ. Desde allí, el peso positivo de la explicación recaía sobre las tradiciones organizativas y sus “(nuevos) representantes”. A partir de ellas, los autores avanzaban desde una historia de las organizaciones hacia un mapa del mundo piquetero en su presente. En este recorrido, el concepto de “lógica de construcción política” dio forma al problema.

Estos autores distinguían tres alineamientos (sindical, político y territorial), vinculados (complejamente) a la tradición nacional-popular, a la de la izquierda radical y al autonomismo. El eje estaba puesto en la dimensión ideológica, en tanto aspecto que permitía diferenciar las organizaciones a partir de ciertos marcos comunes que actualizaban la “identidad piquetera” (el piquete, el trabajo territorial con los planes, la asamblea y la pueblada) dentro de un contexto social más amplio (vinculado a la “descolectivización” en el marco de la crisis “neoliberal”, a la heterogeneidad social resultante y a una relación compleja con el Estado a través de la protesta y la negociación). Respecto de la organización que ha sido el eje de mi análisis, se destacaba su “ambigüedad”. Svampa y Pereyra la consideraban un alineamiento político aún cuando también se referían a ella como uno de los primeros agrupamientos territoriales o autónomos.

En el análisis de las “lógicas de construcción política”, Svampa y Pereyra se centraron en “el núcleo organizativo y el primer círculo de militantes” (Svampa 2005, p. 280). Entre las críticas a su abordaje, un punto central se vinculó al marco comparativo. Al trabajar sólo con organizaciones piqueteras (y especialmente con los discursos públicos de sus dirigentes), tenderían a exagerar la discontinuidad respecto de las formas políticas existentes en los años noventa, al elaborar una noción de política estilizada.

Merklen (2005) desarrolló este argumento desde el problema de la integración social como eje. Para ello, propuso un punto de partida amplio: la politicidad de las clases populares desde 1983. A partir de allí, no enfatizó aquello que distinguía a las organizaciones piqueteras entre sí, sino lo que los piquetes compartían con otras formas de acción colectiva (asentamientos, saqueos y estallidos) para conformar un “nuevo repertorio” –que se especificaba por su relación con las políticas sociales (asistenciales) y con la inscripción territorial–, enmarcado en una “nueva politicidad”. Desde un análisis del

proceso de desafiliación del mundo del trabajo, que enfatizaba la cuestión de la urgencia (tanto de los “cazadores” individuales como de las organizaciones), el concepto de “inscripción territorial” (local) introdujo una “valencia positiva” que “modifica[ba] radicalmente el *status* de su objeto” (Sigal 2005, p.13).

Dentro de este encuadre, la “nueva ‘politicidad’” fue definida como “una nueva forma de política construida en la tensión entre la ‘urgencia’ y el ‘proyecto’, así como en la relación de las clases populares con las tradiciones políticas” (Merklen 2005, p. 45). Por un lado, se afirmaba la importancia de las políticas sociales y el papel de las organizaciones en la gestión de recursos escasos e inestables dispuestos por un Estado reformado ante la urgencia. Por otro lado, se sostenía que organizaciones e individuos se orientaban hacia proyectos de integración más amplios. En esta tensión, las organizaciones recreaban tradiciones de gestión y protesta (ya presentes en los sindicatos) a partir de la inscripción territorial. Es decir, se entramaban en lazos de solidaridad locales mientras operaban por fuera, a través de los laberintos del sistema político, para captar recursos. Así como los individuos, actuaban como “cazadoras” que buscaban la ocasión.

A partir de una metáfora potente, Merklen proponía un desplazamiento en el eje de análisis. Su investigación daba cuenta de ciertas condiciones estructurales, al destacar su “novedad” a partir de los ochenta. Desde la crítica a los debates sobre ciudadanía y clientelismo, elaboraba una noción de politicidad que respondía al problema de la integración. Pero, ¿podía resolverse desde la integración la pregunta por la política?

Si el análisis de Svampa y Pereyra quizá tendía a estilizar la noción de política, la propuesta de Merklen parecía englobar a individuos y organizaciones en una lógica común, con el riesgo de generalizar su politicidad. En principio, propuse hablar de política en relación con esta discusión. Pero, ¿cómo entender la respuesta de Romero durante la presentación? ¿Qué sentido tenían los chismes que narré para iluminar esas líneas de análisis?

Mientras escribía la tesis, la respuesta se sintetizó en una frase. En lugar de ir más allá del debate, al centrarme en la “ambivalencia” o la “tensión”, mi propuesta consistía en situarlo “más acá”. La frase apuntaba a reflejar una puesta en cuestión de los supuestos que guiaban la discusión, desde mi manera de hacer etnografía. No sólo me preocupaba el uso de la noción de clientelismo como categoría analítica sino también los términos de la discusión con ella. Más que criticarla para proponer otra, me interesaba mostrar

cómo se armaban las tramas simbólicas que daban sentido a una organización piquetera en la práctica, donde la categoría de clientelismo podía entrar a jugar para acusar a otros y diferenciarse. Sin aclarar demasiado, mi propuesta consistió en desplegar los sentidos que hacían a la organización piquetera en la descripción de un cabildo porque era desde ese nudo denso que se abría una comprensión diferente del movimiento. ¿Cómo resumir los “puntos de vista” de Lucy (quien enfrentaba los chismes), su cuñada (a cargo del merendero), Graciela (quien se había quedado sin el yogur) y el Gordo Romero (que había tenido que ir al cabildo porque era un “quilombo”) en pocas palabras? Este camino no se podía cerrar con una definición taxativa. Pero había que decir algo más...

Hacer etnografía

Durante la defensa, Maristella Svampa sostuvo que mi propuesta, al multiplicar las tensiones y ambivalencias, intentaba ir más allá. En ese momento, creí contestar al señalar que apuntaba a describir un nudo denso en su complejidad. Más que tensiones o ambivalencias, se trataba de encarar el cruce entre diferentes voces que hacían a la organización a partir del merendero, la multisectorial... el cabildo. Esa apuesta implicaba otra forma de construir teoría, etnográficamente.

En el camino desde la tesis hasta el presente, comprendí que esa respuesta era insuficiente. Otras etnografías hablan de piqueteros, planes y luchas en el Gran Buenos Aires (Manzano 2005; Quirós 2006). Se vuelve preciso aclarar mi propia forma de hacer etnografía. Más que elaborar el punto de vista de los nativos como otros por contraste al propio, me interesó mostrar un nudo denso donde se entramaban (jerarquizada y conflictivamente) diferentes perspectivas prácticas, elaborando totalidades inmanentes a la etnografía (Goldman 2001).

Para ello, apelé a la noción de lugar-evento propuesta por Borges (2003). En su libro, el lugar-evento es definido como una “propriedade” de las “categorias essenciais da vida nativa”: la de “se referirem a *lugares ou objetos que se manifestam como ações*” (2003, p. 11; destacado en el original). El cabildo, aún cuando puede aparecer como lugar manifiesto en acción (tanto en términos de prácticas rutinizadas como en cuanto realización –abierta, incompleta, contingente– de un proyecto de organización, ambos localmente delineados), no parece constituir una categoría “esencial” de la vida nativa sino más bien de la organización. A diferencia de la “invasão”, el “barraco”, el “asfalto”, el “lote”

y el “tempo de Brasilia” que operan como “símbolos do modo de vida local” en Recanto das Emas (Borges 2003), el “cabildo” se configura como “símbolo” del movimiento. Pero, si ése es el punto de partida de mi análisis, al ingresar en el cabildo encontré una realidad que excedía la definición inicial de la organización. Es a partir de allí que empecé a entrever la densidad (y especificidad) de ese modo de vida local, elaborado en el cruce entre los proyectos, los vecinos, los piqueteros, las marchas, los planes, el merendero, el hambre, el dar de comer rico y variado... como una diaria “pelea”. Fue así, al menos, como me lo explicó Lucy un día.

Al terminar el merendero, mientras se sucedían las bromas y los consejos en medio del *racconto* de las últimas novedades, le pregunté a Lucy: “¿Cómo saben todo esto ustedes dos [por ella y su cuñada]?”. “Nosotras siempre nos peleamos en todos lados”, contestó con una media sonrisa. “Antes de acá, nos *peleábamos* en la parroquia, en el trueque, en la escuela... Ya nos conocen en todos lados”.

Lucy y su cuñada habían aprendido a pelear peleando en diferentes lugares. La experiencia en la organización piquetera se encadenaba con la participación en una institución religiosa, en una estatal y en una organización colectiva de intercambio no monetario. Todos esos espacios eran vistos como semejantes en relación con la diaria “pelea” por la cual eran “conocidas”. Como argumenta Semán (2000), ni la política ni la religión aparecían como espacios (o tiempos) separados sino como gama de recursos entramada en el diario vivir.

Ahora bien, ¿cómo “chamar a atenção para a gênese concomitante (Elias,1989) da política, do espaço e do tempo no contexto etnográfico do Recanto [o de Villa Corina] e, conseqüentemente, para a constância dessa imbricação na vida de seus moradores” (Borges 2003, p. 179) sin diluir la especificidad de la organización? La metáfora del nudo, a la que apelé para comprender el sentido del cabildo, puede servir en tanto permite introducir la especificidad del cabildo al análisis, conservando como marco su inmersión en el modo de vida local.

Este camino entreabre una hipótesis sobre el contexto de la investigación. Al postular el cabildo como un nudo entramado en el modo de vida local, es posible profundizar la comparación entre ambas etnografías y abrirla a ciertas diferencias. En principio, cabe reconocer la distancia entre las formas de construir el objeto que proponemos Borges y yo. Mientras ella se interesa por el modo de vida local, yo sólo esbozo algunos trazos

que se abren a partir del cabildo. Una vez reconocido el punto de partida, es posible interrogar estos recorridos analíticos. Es decir, sin negar su arbitrariedad, el peso atribuido a la organización en mi análisis vuelve sobre la densidad histórica de las tramas asociativas en la configuración de la periferia de Buenos Aires (Jelin 1985; Hermitte *et al.* 1983). Tal rasgo podría diferenciar Villa Corina de Recanto das Emas. Más específicamente, en Recanto no existen organizaciones declamadas opositoras al gobierno que gestionan parte de los recursos estatales. Tampoco el mapa organizacional aparece tan diversificado. Es decir, las formas en que la política se imbrica al modo de vida en Villa Corina serían diferentes de aquellas que priman en Recanto. Aquí, la fuerte presencia de las organizaciones permitiría pensarlas como diferentes modulaciones del modo de vida local, como nudos que lo constituyen. El organizarse colectivamente para protestar y gestionar recursos formaría parte “esencial” del vivir en Villa Corina, o, según Merklen (2005), en la Argentina.

Al sumergir la organización en un tejido social y simbólico que, configurado localmente, la excede, reviso el peso acordado analíticamente a ciertas formas de “política” circunscriptas en el espacio organizacional para abrir hacia densos universos prácticos y simbólicos que hacen a la misma organización. Por otro lado, si bien me aproximo al concepto de “inscripción territorial”, intento un pequeño desvío. Merklen destaca el hecho de que se trata de una vida en los márgenes. Ni una comunidad local cerrada ni una integración plena en la sociedad. Su análisis se centra en ese vínculo (tenso) con la sociedad más amplia. El sistema político aparece como un laberinto al que los individuos y las organizaciones ingresan para obtener recursos.

Romero reconocía la centralidad de los planes, hablaba de la continuidad entre la organización de los vecinos en el movimiento y aquella que encararon en los ochenta a partir del fomentismo, avanzaba hacia una comparación entre los movimientos y el PJ... Quizás había leído a Merklen o conocía sus hipótesis. Fuera así o no, describía el movimiento de una forma densa. Pero su análisis no se quedaba allí sino que introducía una crítica. Ese camino parecía lejano del cambio social que él pretendía encarar. Entonces, proponía un curso de acción diferente para el movimiento, desde el problema de la politización.

Tuve que escuchar la crítica de Romero para entender este punto. Es decir, el problema de la politización se sostenía en la idea de que la forma de política a la que se aspiraba

no estaba presente en la trama relacional del cabildo. La disputa por definir qué era político y qué no, donde yo misma participaba con mi argumento, también correspondía a esta reflexión.

Bibliografía

- Auyero, Javier (2001): *La Política de los Pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Buenos Aires, Manantial.
- Borges, Antonádia (2003): *Tempo de Brasília. Etnografando lugares-eventos da política*, Río de Janeiro, Relume Dumará.
- Delamata, Gabriela (2004): *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, EUDEBA/Libros del Rojas.
- Farinetti, Marina (2000): “Violencia y risa contra la política en el Santiagueñazo: Indagación sobre el significado de una rebelión popular”, *Apuntes de Investigación del CE-CYT* n° 6, Buenos Aires.
- Ferraudi Curto, M. Cecilia (2006): “Mientras tanto: política y modo de vida en una organización piquetera”, Tesis de Maestría en Antropología Social (IDES-IDAES/UNSAM).
- Frederic, Sabina (2003): “De la Plaza al Barrio. Los científicos sociales y la identidad de los Sectores Populares en la transición democrática (1982-1987)”, en; A. Rosato; F. Balbi (ed.): *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social*, Buenos Aires, Antropofagia.
- Frederic, Sabina (2004): *Buenos vecinos, malos políticos: moralidad y política en el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo.
- Goldman, Marcio (2001): "An Ethnographic Theory of Democracy. Politics from the Viewpoint of Ilhéus's Black Movement (Bahia, Brasil)" en *Ethnos*, Vol. 66:2, pp. 157-180.
- Grimson, Alejandro *et al.* (2003): “La vida organizacional de zonas populares de Buenos Aires”, informe etnográfico para “The New Comparative Study on Urbanization and Models of Development in Latin America”, agosto.
- Grimson, Alejandro (2004): “Piquetes en la ciénaga”, en: *El Rodaballo*, n° 15, invierno, Buenos Aires.
- Halperin Donghi, Tulio (1994): *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel.
- Hermitte, Esther; Boivin, Mauricio; Casabona, Victoria; Guber, Rosana y Tiscornia, Sofía (1983): *Análisis Sociocultural de dos comunidades del Gran Buenos Aires: im-*

pactos externos y autogestión, Buenos Aires, FLACSO.

Jelin, Elizabeth (1985): “Los movimientos sociales en la Argentina contemporánea: una introducción a su estudio”, en: E. Jelin (comp.): *Los nuevos movimientos sociales*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Levitsky, Steven (2003): *Transforming labor-based parties in Latin America. Argentine Peronism in Comparative Perspective*, Nueva York, Cambridge University Press.

Manzano, Virginia (2005): “La Matanza: capital del piquete, el peronismo y los movimientos sociales. Configuración socioespacial y articulación de relaciones políticas”, ponencia presentada al Coloquio de Investigaciones Etnográficas: “Territorialidad y Política” - UNSAM, 23 de septiembre.

Martuccelli, Danilo y Svampa, Maristella (1997): *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires, Losada.

Merklen, Denis (2005): *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Buenos Aires, Editorial Gorla.

Quirós, Julieta (2006): *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Antropofagia.

Semán, Pablo (2000): “El pentecostalismo y la religiosidad de los sectores populares”, en M. Svampa (ed): *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos.

Sigal, Silvia (2005): “Prefacio” en D. Merklen: *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Buenos Aires, Editorial Gorla.

Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián (2003): *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos.

Svampa, Maristella (2004): "Relaciones peligrosas", en *El Rodaballo*, n° 15, invierno, Buenos Aires.

Svampa, Maristella (2005): *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, Taurus.